

## COSTUMBRISMO Y AMBIENTE LITERARIO EN *LOS ESPAÑOLES PINTADOS POR SÍ MISMOS*

Desde que en España hay literatura, se ha venido repitiendo constantemente que en ella no puede haber literatos; y siéndolo los mismos que dicen esto, preciso será creerlos bajo su palabra, y convenir con ellos en que el cultivo de las letras no es entre nosotros el mejor género de cultivos.

Y a la verdad ¿qué es un literato, meramente literato, en nuestra España? una planta exótica a quien ningún árbol presta su sombra; ave que pasa sin anidar; espíritu sin forma ni color; llama que se consume por alumbrar a los demás; astro, en fin, desprendido del cielo en una tierra ingrata que no conoce su valor.

Si confiado en la superioridad de su genio, no supo unir la adulación a las dotes de su talento; si mirando desdeñosamente los intereses materiales, no acertó a mendigar un favor del poderoso, favor menguado que apartándole de sus nobles ocupaciones le convierte en lisonjeador de oficio o en mecánico oficinista; todo su saber, por grande que sea, bastará tal vez a conquistarle un lugar distinguido en las crónicas literarias del país; acaso la posterioridad encomiará su genio; acaso levantará estatuas a su memoria; pero en tanto su vida se consumirá angustiada en medio de tristes privaciones; y aquel hondo desprecio que produce en el alma un desdén injusto abreviará sus días, y le conducirá muy luego al ignorado sepulcro que en vano buscarán sus futuros admiradores<sup>1</sup>.

Son palabras de Ramón de Mesonero Romanos, que en varias ocasiones reflexionó sobre el papel del escritor en la sociedad, sobre el modo en que era sumido y considerado por ésta, así como sobre la capacidad disuasoria de esa misma sociedad respecto de los literatos, pues, por lo general, a medida que alcanzaban el reconocimiento y el éxito, eran desplazados a cargos políticos, administrativos y diplomáticos que les separaban de su actividad primera, y por la que habían descollado. De manera que, con frecuencia, al recompensar a uno de estos escritores con cargos públicos para los que no siempre eran apropiados, se inflingía una herida a la institución literaria, ya que, por lo general, dichos escritores metidos a políticos se daban de baja en

---

<sup>1</sup> Ramón de Mesonero Romanos, "Costumbres literarias" (1838), en *Escenas y tipos matritenses*, ed. Enrique Rubio Cremades, Madrid, Cátedra, 1993, pp. 230-231.

las letras. Hay que indicar, por otro lado, que no siempre sucedía así y que escritores que ocuparon cargos políticos no abandonaron la práctica literaria, o volvieron a ella. Fue el caso, en los tiempos de Mesonero, de figuras como Martínez de la Rosa, Argüelles, Miraflores, Marliani, Alcalá Galiano y otros. Y, en épocas precedentes, de figuras como Quevedo, Saavedra Fajardo, Luzán, Jovellanos, Meléndez, etc.<sup>2</sup>.

Por tanto, nos enfrentamos ante un juicio de Mesonero Romanos que, si por un lado es cierto, por otro no deja de ser falso. Da la impresión de que *El curioso parlante*, incomodado con aquellos que desde las letras se aúpan a otra condición social y económica más ventajosa, se reservara para sí – pues nunca tuvo sueldos ni favores de poderosos, como recuerda una y otra vez – la condición de auténtico literato, de escritor ideal y quintaesenciado que no necesita del público ni del poder para sobrevivir. En el mismo artículo comenta que los jóvenes de los primeros años del siglo XIX “se hicieron literatos para ser políticos [...]; otros se hicieron críticos para pretender un empleo; cuáles consiguieron un beneficio eclesiástico en premio de una comedia; cuáles vieron recompensado un tomo de anacreónticas con una toga o una embajada” (p. 233). Y, si esto fue así, como fue en muchos casos, hay que dar la enhorabuena a esos escritores, pues era algo que durante el siglo anterior persiguieron numerosísimos de ellos, que no tenían más oficio que el de las letras y como única remuneración los pocos reales que les rentaba la venta al impresor de sus derechos de edición. Por eso pedían a los ministros del ramo, una y otra vez, cualquier puesto literario, como era el de traductor, o beneficio eclesiástico, en la confianza de que éstos les permitirían dedicarse precisamente a la literatura, sin tener que ocupar el tiempo en otras actividades necesarias para sobrevivir, pero alejadas de la creación literaria.

Mesonero, aristocrático, autosuficiente en su atalaya de potentado económico, se parece más a uno de esos monjes que en el siglo XVIII, cuando les pedían consejo para solucionar los problemas de subsistencia de los literatos, respondían que el autor sólo debía escribir para alcanzar la gloria literaria; pensar en términos económicos o de subsistencia respecto a la literatura no era concebible para aquellos que tenían resuelto el problema baladí de comer, vestirse y dormir<sup>3</sup>. Pero no hay que desdeñar, por otro lado, el deseo del escritor de participar en política, algo que solía

---

<sup>2</sup> En sucesivas notas a este artículo, Mesonero matiza su predicción, al comprobar que esos autores-políticos continuaron escribiendo. Véase Vicente Llorens, “El escritor en la época romántica”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 329-330 (1977), pp. 513-528.

<sup>3</sup> Joaquín Álvarez Barrientos, “El padre Francisco de Villalpando y el proyecto de fundación de una Academia de Ciencias y Letras de Madrid”, en *Estudios dieciochistas en homenaje al profesor José Miguel Caso González*, I, Universidad de Oviedo, 1995, pp. 43-55.

rechazar Mesonero, pero que era un objetivo claro de muchos de los miembros de la República Literaria desde al menos el siglo XVIII.

Más en razón parecen sus observaciones sobre el mundo literario referentes a las tribulaciones que pasan los autores cuando quieren publicar sus obras, sus referencias a las frustrantes relaciones con los mecenas y otras. Son comentarios que enlazan fácilmente con los que ofreció Larra en su artículo “¿Qué es un autor?” y con toda una serie de escritos anteriores que irían desde los *Pensamientos literarios* de Mayans o las “Reflexiones literarias” del padre Sarmiento al “Essai sur la société des gens de lettres” de D’Alembert. En este artículo Mesonero parece debatirse entre la aceptación de la condición mercenaria de la escritura y la tradicional consideración del escritor ajeno a las necesidades cotidianas, como era él mismo. Esta actitud “escrita” no se corresponde con la que mantuvo en algún momento de su vida literaria, como él mismo detalla al relatar su aventura del año 1830-31 con el Consejo de Castilla para conseguir publicar su *Manual de Madrid* y, posteriormente, sus intentos de que dicha obra fuera obligatoria en ayuntamientos y demás dependencias municipales, lo que significaría un alto volumen de ventas y por tanto de ingresos. En este caso Mesonero muestra su conciencia de escritor comprometido con su profesión y con los aspectos económicos de ella<sup>4</sup>.

Este estado de cosas, rápidamente pergeñado, el enfrentamiento entre aceptar o no que la actividad literaria pueda ser una profesión remunerada, se continúa en los artículos que sobre los escritores y literatos se recogen en *Los españoles pintados por sí mismos*, obra colectiva aparecida entre los años 1843 y 1844, en la que el mismo Mesonero participó<sup>5</sup>. En ella se dedican al mundo literario los siguientes artículos: “El escribiente memorialista” (Tomo I, pp. 47-51), obra de Antonio García Gutiérrez; “El escribano” (Tomo I, pp. 193-207), debido a la pluma de Bonifacio Gómez; “El escritor público” (Tomo I, pp. 209-215), a cargo de José María de Andueza; “El aprendiz de literato” (Tomo I, pp. 414-422), firmado por Luis Loma y Corradi, y “El poeta” (Tomo II, pp. 150-157), de José Zorrilla.

Los dos primeros, “El escribiente memorialista” y “El escribano”, no ofrecen demasiado interés desde este punto de vista, salvo el de ser dos salidas bastardas o se-

---

<sup>4</sup> Cfr. la introducción de José Escobar y Joaquín Álvarez Barrientos a sus *Memorias de un setentón* (Madrid, Castalia/Comunidad de Madrid, 1994), donde se detallan estos extremos.

<sup>5</sup> Sobre ella, véase Margarita Ucelay da Cal, *Los españoles pintados por sí mismos (1843-1844). Estudio de un género costumbrista*, México, El Colegio de México, 1951; Valeriano Bozal, “Los españoles pintados por sí mismos y la ilustración romántica. Cuatro notas”, *Boletín del Museo Camón Aznar*, 1 (1980), pp. 58-81, y Joaquín Álvarez Barrientos, “Lo andaluz en *Los españoles pintados por sí mismos*”, en *El costumbrismo literario y pictórico en Andalucía*, ed. Joaquín Álvarez Barrientos, (en prensa).

gundonas al “aprendiz de literato”. En este trabajo Loma y Corradi se refiere al gran número de jóvenes que querían ser escritores, siguiendo un tópico nacido en el siglo XVIII pero engendrado en el siglo XVII<sup>6</sup>. Estos jóvenes que se quieren ganar la vida con las letras son, siguiendo la tradición, grandes ignorantes – como los memorialistas, que en su mayoría no sabían escribir – y basan gran parte de su ser literato en mantener un aspecto y actitud reconocibles por los demás. Así se visten con abandono, se dejan crecer el pelo, parecen abstraídos y son sucios. Es otro rasgo que Loma y Corradi rescata de la tradición dieciochesca. Su trabajo es interesante, en gran medida porque mantiene viva cierta imaginería del hombre de letras, pero sobre todo por el valor de la viñeta ilustrativa final en la que se ve a un joven firmando un documento por el que vende su alma al diablo, hay que suponer que para alcanzar el éxito literario.

Los otros artículos, el del “escritor público” y el del “poeta”, revisten más interés. En el primero se vuelve sobre el hecho de que el escritor público, es decir, el periodista, no es verdaderamente un escritor, es alguien que vende sus escasos talentos a cualquier político –¿político o demonio? – con tal de poder sobrevivir con la práctica de las letras. Es por tanto hipócrita, no tiene opinión o es cambiante y es, por encima de todo, una figura moderna, nueva, capaz de desestabilizar gobiernos, ideas y estados. José M.<sup>a</sup> de Andueza, el responsable de este tipo, no es muy afín a los periodistas, que, además de ser ignorantes, ejercen las letras como profesión (p. 211), pero nos ofrece algunas ideas de interés sobre esa nueva figura, tales como la consideración del periodista como sinónimo de “escritor político”. Era de ese mismo modo como también la entendía, si bien positivamente, Alberto Lista desde *El Censor*, en un artículo publicado el 11 de mayo de 1822 con el título “Sobre la necesidad de que los escritores públicos auxilién a las autoridades, y éstas a los escritores” (pp. 171-179). En él Lista defendía la necesidad de trabajar juntos ambos estamentos en beneficio de las letras y de la política, en definitiva, del Estado<sup>7</sup>.

Andueza aporta otra idea derivada de ésta, según la cual los que no son escritores políticos, aunque escriban en los periódicos, desean serlo: y así se refiere a los “folletinistas de profesión, traductores de oficio” (p. 214), que no ganan mucho porque se lee poco y porque hay demasiados aprendices de literatos que ofrecen sus mermadas producciones a cualquier precio. Todo lo cual lleva a que se abarate el género y el mercado: “ya no se pagan los folletines como se pagaban años atrás; al

---

<sup>6</sup> Joaquín Álvarez Barrientos, “Cuando las letras llegaron a ser *de cambio*. Sobre la República literaria en la España del siglo XVIII”, en *De mágicos, místicos, clásicos y románticos. Homenaje a Ermanno Caldera*, Messina, Armando editore, 1994, pp. 33-46.

<sup>7</sup> Se actualizaba el pensamiento de los hermanos Mohedano, que veían necesario que poderosos y escritores unieran sus esfuerzos en beneficio de la nación.

contrario; se encuentran hoy por todas las esquinas de Madrid folletinistas a méritos (sic), que ofrecen *gratis* sus servicios a todos los periódicos” (p. 214)<sup>8</sup>.

Esta opinión contraria a las letras mercenarias la compartía también Mesonero Romanos en sus “Tipos hallados, tipos perdidos”, incluidos en *Los españoles*, donde describe el nuevo tipo que era el periodista, figura sin ninguna tradición, según el autor, que data sólo de una docena escasa de años; él mismo, por su solo deseo, se inviste periodista, y sólo necesita papel y pluma bien cortada. A Mesonero, cuyo artículo tiene numerosas semejanzas con el de Andueza, esta figura, “potencia social”, le parece de un poder enorme, capaz de revolver y manipular el estado de la sociedad. Para ver la continuidad de estas ideas, que no nacen en los años cuarenta del siglo XIX, conviene indicar que ya por los años de 1761 un periódico como el *Duende especulativo* definía su actividad del mismo modo que Mesonero, pero seguramente con más razón porque por aquellos tempranos años realmente, no existía tradición que pudiera acoger la actividad del periodista o del papelista, como se le llamó por entonces<sup>9</sup>. Mesonero, como antes Andueza y los escritores más elitistas del siglo XVIII, minimiza la preparación de los periodistas y no los considera autores respetables porque sólo buscan, según su peculiar deformación de la realidad, colocarse en alguna secretaría o dirección general, es decir, conseguir un empleo: “Detrás de este artículo hay un empleo; lo sé de buena tinta”, dirá un redactor a su articulista para estimularle a escribir algo que no quiere, en el artículo de Andueza (p. 214).

Sin embargo, los escritores deben agradecer a estos periodistas que desacralizaran la práctica de las letras y la introdujeran en el sistema de mercado como una profesión más, algo que señalará en seguida Zorrilla en su artículo sobre el poeta.

Zorrilla, tras comparar al poeta del siglo XVIII con el del XIX, indica, que ahora la de poeta “es una carrera como cualquiera otra que conduce a una posición social decorosa y aun a destinos honoríficos del estado, y que produce lo suficiente para vivir sin lujo, pero sin estrechez” (p. 151). Y no sólo esto, se permitirá decir que la poesía le ha hecho independiente (p. 152) y que la sociedad busca la compañía de los poetas y, en franca oposición a la postura que representaban Andueza y Mesonero, defenderá que “un tomo de poesías, una buena comedia, un poema bien escrito introdu[zca] a un poeta en la Secretaría de Estado o de Gobernación, en la Biblioteca Real” (p. 152), etc., dando por sentado el hecho de que el escritor, como ya propug-

---

<sup>8</sup> El recuerdo del gallego de *La comedia nueva* que ofrecía sus producciones teatrales a precios sin competencia es inevitable.

<sup>9</sup> Véase Joaquín Álvarez Barrientos, “El periodista del siglo XVIII y la profesionalización del escritor”, *Estudios de Historia Social*, 51-52 (1991), pp. 29-39. Un panorama general y actualizado, en Inmaculada Urzainqui, “Un nuevo instrumento cultural: la prensa periódica”, en AA.VV., *La República de las letras en la España del siglo XVIII*, Madrid, CSIC, 1995, pp. 125-216.

naron los hermanos Mohedano en 1779, debía ser y estar dentro de la sociedad, no al margen de ella <sup>10</sup>. El escritor buscaba la sociabilidad – “frecuenta la sociedad” (p. 152), escribirá Zorrilla –, estar presente en la vida diaria, ya fuera mediante artículos de periódico, la figuración en las tertulias y comedias o mediante el ejercicio de la política. Este paso, alcanzar puestos de gobierno, suponía un logro en la historia del escritor, pues suponía que la sociedad había aceptado ser dirigida por los mejores, los más preparados, como querían, otra vez, los hermanos Mohedano entre otros.

Todo el artículo de Zorrilla es un alegato en este sentido, en el de situar al escritor en sociedad; en el de considerar al poeta, al literato, como alguien normal – “el poeta no se distingue en nada del resto de los hombres” (p. 156) –, útil a la sociedad, la que, por tanto, debe remunerar su actividad. En este particular, el objetivo del escritor es el teatro: “el teatro es en este siglo el objeto de ambición del poeta, porque una obra dramática reporta más gloria y más utilidad que otra alguna, y el joven ha echado ya sus cuentas para el porvenir. Este es el poeta; el que cuenta con hacer de la poesía su profesión y su ocupación de toda la vida” (p. 155), escribirá pensando seguramente en sí mismo.

No se crea que Zorrilla no da entrada a los “calaveras y disipados” de esta profesión, pero lo hace señalando que, si bien no son tantos como se dice, los que en efecto son así no son en realidad escritores porque, para serlo, hace falta estudio, soledad, observación <sup>11</sup>. Por cierto que, a este respecto, señala que “varios articulistas de *Los españoles pintados por sí mismos* [son] gente toda de buen humor, bebedores y calaveras si los hay” (p. 153).

En los pocos artículos que *Los españoles* dedican a los de su profesión, quizá por no caer en la autocomplacencia o en la ironía desairada, se continúa un debate sobre la actividad literaria que se inició en el siglo XVIII al darse entrada de forma consciente a lo económico en el ejercicio de las letras. Aquellos que podían vivir sin preocuparse de tener lectores despreciaban a menudo la actividad remunerada de sus colegas menos favorecidos de la fortuna; mientras que éstos, que debían luchar por sobrevivir mediante las letras, fueron los que dotaron de respeto y valor a una

---

<sup>10</sup> Joaquín Álvarez Barrientos, “El hombre de letras en el siglo XVIII”, en *La República de las letras*, cit., pp. 19-61.

<sup>11</sup> Y ofrece otra interesante explicación: “haré no obstante una última observación, y es que casi todos los poetas alcanzan fama de calaveras y disipados, y la mayor parte de ellos con razón; pues como sus trabajos son más de inspiración que de convicción frecuentemente les ocurre pasar largos días en la inacción y en la holganza, en cuyos días no siempre son santas sus ocupaciones, arrastrados por su carácter voluble y sus exagerados pensamientos, aunque esto no pasa de ser una vaga teoría desmentida por muchos ejemplos” (p. 156).

actividad que sólo por entonces, desde finales del XVIII, comenzó a tenerse por profesión, no por algo secundario, adorno o complemento.

Llama la atención, a este respecto, que en estos artículos dedicados a los escritores, lo costumbrista tenga poco espacio en el texto, siendo las ilustraciones y viñetas de cada artículo las encargadas de ofrecer el aporte costumbrista, que es considerable tanto en los estrictamente literarios, como en los dedicados al memorialista y al escribano. Quizá haya que buscar la explicación en que, a pesar de los avances que se daban en materia de derechos de autor, consideración social e incluso participación política, todavía estaban muy lejos los escritores de alcanzar una situación medianamente pasable, incluso de tomarse en serio, como profesión, su labor en los periódicos. Todavía, a pesar de la propuesta de Zorrilla, los escritores miraban “el cielo con la alegría de los desengañados, con el empeño de los valientes, con la indiferencia de los muertos” (p. 215), como confesó José M<sup>a</sup> de Andueza en su artículo sobre el escritor público, consciente de lo lejos que estaban aún sus deseos y quimeras de la realidad cotidiana.

JOAQUÍN ÁLVAREZ BARRIENTOS  
*CSIC Madrid*